

## El republicano consciente debe encontrar en el trabajo el más alto honor y el más depurado placer

Personalmente es inútil, por inesacto, creerse o llamarse avanzado o izquierdista—que tanto monta—sólo por vivir con más libertad o por pertenecer a partido o sindical, (de las que con más o menos motivo forman en el campo izquierdista: es algo así como juzgarse hombre moderno exclusivamente por vestir a la última moda y tener costumbres de cierto relajamiento, aunque intelectual y moralmente se esté en pugna con el progreso de los tiempos, de manera singular cuando a nuestros prójimos de clase humilde tales avances atañen y benefician. Así vemos perfectamente explicada la aparente paradoja que en la aristocracia y en la cursilería españolas y universales suele darse, a saber: modernismo ultra violeta cien por cien, y reacción, obscurantismo espiritual hasta el extremo.

Y es que la indumentaria, impuesta por la moda de los tiempos satisface la instintiva vanidad humana; y el seguir la corriente y aun ensancharla a la holgura y libertad del vivir, naturalmente, agrada y conviene: por eso lo interesante y substancial para cualificar el sensato y razonable modernismo de una persona, para identificar debidamente su auténtico, sentido progresista, siempre será escrutar su concepto sobre las cosas y tomar el pulso a sus sentimientos íntimos, que en la manera de reaccionar ante los fenómenos sociales, o hechos históricos, instintivamente se manifiestan.

En el epígrafe que encabeza estas líneas hay tres palabras cuyas interpretación, y aplicación matizan y distinguen perfectamente a unos hombres de otros, constituyendo piedra de toque, más fiel y segura que ningún carnet, para comprobar certeramente si se es de derechas o de izquierdas.

En la teogonía hebrea, muy semejante en todos los pueblos orientales, se nos habla de que el trabajo fué impuesto como castigo de Dios al primer hombre que contravino sus leyes, como si las facultades de que está dotada la humana naturaleza no tuvieran principalmente el destino de ejercitarse laboriosamente en las distintas formas que presenta la lucha por la existencia. De ese concepto de castigo lógicamente se procede a considerar el trabajo como propio de la casta inferior de los esclavos.

Durante los pocos años en que el cristianismo conservó su pureza, fué elevado el trabajo a la categoría de deber, sin que por eso se reiterara excisivamente, cual divino anatema el «ganarás el pan con el sudor de tu frente»; pero apenas la religión toma carácter estatal, vuelven a destacarse las castas y aparecen los siervos de la gleba u otros similares, retro trayendo en fin el concepto del trabajo a sentido de castigo, de oprobio, de baldón de ignominia. Tal error perduraba todavía en la monarquía española, puesto que en ella se decía muy a menudo aquello de «el trabajar es de burros». Fué menester el cambio substancial que la República entraña para que como primero artículo de su Carta Constitucional fuese elevado el trabajo a la categoría del primero de los deberes ciudadanos; y lo que es más, reconocido y declarado cual la fuente de todo derecho cívico.

Hora es ya de que cobre fuerza la Constitución en su letra y en espíritu: derivase a mi juicio del hondo sentido que tal concepción constitucional del trabajo encierra, un elevado sentimiento moral que supone un verdadero progreso del espíritu en cuanto, enamorado de su dignidad de trabajador la exhibe y ostenta como su más preciado galardón, cual su mayor timbre de gloria.

El concepto del honor es otro de los que en el decurso de los tiempos ha sido objeto de más pródigas discusiones, ciertamente sin haber experimentado esenciales metamorfosis; porque aún en aquellos tiempos «de capa y espada», en que baston inspirados los famosos versos de Calderón «pero el honor es patrisnonio del alma»..... solían ser ventiladas a cintarazos y a cuchilladas cuestiones que, según ellos, mar-

chaban el honor del espadachín por actos ejecutados por distintas personas, aunque con él tuviera más, o menos estrecha relación.

En los días que vivimos se impone ya personalizar la responsabilidad, hacer bueno y efectivo aquel axioma moral tan enjudioso: «cada uno es hijo de sus obras», sin que la caballerosidad, la hidalgía, la nobleza y el honor se hereden cómodamente, sino que se conquiste, se comprueben, se merezcan, y se ostenten en virtud del individual y personalísimo comportamiento.

Ahora bien, como quiera que nada hay más denigrante y deshonoroso que ser tildado de inútil comparativamente con los demás, nada tampoco en consecuencia y como contrapunto sea calificado de honorable y digno, como resultan útil, consistentemente, a la sociedad en que se vive: el trabajo, pues, en toda democracia perfecta, que es tanto como decir para el republicano consciente, sea juzgado como el más alto honor.

Pero a fin de que esto no quede en concepto, todo lo hermoso que se quiera, más frío al cabo, hemos de darle calor y dinamismo: por obra y gracia de esas notables reversibilidades psicológicas que entre el cerebro y el corazón, entre la idea y la sensibilidad, lo mismo que viceversa, suelen darse, al adquirir el trabajo, la merecida categoría de honroso, se transforma también en placentero, ocasionando su ejercicio la más íntima, la más serena y la más completa de las satisfacciones que el hombre puede experimentar.

Por no extendernos demasiado, damos de lado el recordar las diferentes maneras de ser apreciado e interpretado e *placer*: Baste a nuestro propósito con afirmar que puede ser norma en el buen uso, y disfrute del placer para todo hombre libre de prejuicios confesionales, la siguiente; moderación en el empleo de nuestras facultades, siempre que el gozo dependa exclusivamente de nuestra voluntad; respeto al derecho ajeno en todas sus manifestaciones, si la satisfacción ha de ser compartida, y siempre actividad razonablemente encauzada para marchar en cabal consonancia con la naturaleza de la que hemos de ser fieles intérpretes, pero también sensatos directores.

Según esto, el trabajo escogido en relación con las aptitudes particulares, perfeccionado con acertada dirección y ejecutado siempre, no como pesada obligación, sino cual fuese deber y aún agradable derecho, indudablemente constituirá para el ciudadano consciente el más depurado placer.

Régulo Martínez Sánchez

### Palabras del Comisario general de la República de Ucrania a los Delegados españoles que fueron a Rusia

*«Casi todo lo dedicamos a España con tal de que pueda triunfar. No os pedimos nada más que vencer al fascismo y con esto estamos pagados de cuanto hemos hecho por vosotros. Queremos unir al gran pueblo español con el gran pueblo soviético y de esta forma salvar al mundo entero. Nosotros os apoyamos moral y materialmente. Nosotros os ayudaríamos más y mejor. Pero todavía no estais lo bastante unidos y no sabemos si las armas que aún os podemos enviar van a servir exclusivamente para combatir al enemigo común o serán empleadas para luchar entre vosotros. PERO TENED LA SEGURIDAD DE QUE CUANDO NO HAYA MAS QUE UNA BANDERA REPUBLICANA ENTONCES ENVIAREMOS TODO LO NECESARIO.»*